

Una novela sacrificada por la pedagogía

El tiempo del lenguaje

OSKAR GUTIÉRREZ GARAY

Ediciones Uniandes, Bogotá, 2018, 118 pp.

HAY NOVELAS en las que el lector advierte a las primeras de cambio que se apartan de la características reconocibles del género, que frustran desde la primera página y a lo largo de las siguientes, con excepción de algunos pasajes intermitentes, las expectativas que todavía suscita en él la palabra *novela*, no obstante la gran elasticidad e incluso arbitrariedad con que, desde hace alrededor de cien años, de tanto en tanto, esta se ha venido usando para designar o etiquetar los más disímiles productos.

No me refiero a las experimentaciones técnicas y estilísticas de todo tipo de que ha sido objeto la novela a partir de los albores mismos del siglo xx y que la han renovado sin que por ello se hayan destruido los moldes discursivos y retóricos que le dan un lugar claramente diferenciable en el espectro de las creaciones textuales. No, me refiero justamente a aquellas experimentaciones y rupturas que difuminan y mixtifican los linderos de ese lugar hasta tornarlo indistinto, confuso. Un ejemplo de esto último es este libro de Oskar Gutiérrez Garay.

Ya la nota de la contracarátula es indicativa de la confusión o vacilación con respecto a la adscripción del libro al género novela. Primero dice: “*El tiempo del lenguaje* es un escrito de corte literario que versa sobre el lenguaje y el tránsito a la vejez”. Más adelante hay una afirmación más dubitativa y sospechosa: “Este es un libro con voluntad literaria pero con alma psicológica”. Oponer la circunstancia de su “alma psicológica” a su “voluntad literaria” es cuestionar esta última.

A continuación, se declara sin ambages la hibridez genérica de la obra:

Se ocupa de un día en la vida de este profesor [Juan Román Kanter, que ya se ha mencionado antes] y, al tiempo que se adentra en su cotidianidad, también es un despliegue de referencias y reflexiones sobre

los principales autores que estudian el lenguaje: Saussure, Wittgenstein, Benjamin, Chomsky, Luhmann y Vygotsky, entre otros.

Como se puede apreciar, en la primera parte de este enunciado (*se ocupa de un día en la vida de... se adentra en su cotidianidad*) se manifiesta que se trata de un relato y en la segunda parte, que se trata de un ensayo, acaso de un estudio académico. Y en las líneas siguientes, si bien ya la nota se atreve a usar la palabra *novela* para referirse al libro, parece desmentir con franqueza la pureza o la honestidad de su “voluntad literaria” al admitir que en sus páginas la literatura es un “pretexto” para “dialogar con el lector” sobre el “proceso cognitivo y cultural” que constituye el lenguaje y para permitirle comprender “algunos conceptos del lenguaje y de las teorías del desarrollo humano”.

Cuando uno lee después el libro comprende que la nota de la contracarátula es rigurosamente veraz y que, por ello mismo, es la peor nota de contracarátula para una novela, pues ¿qué buen lector de novela puede sentirse estimulado a leer una que es promovida como una simple estrategia pedagógica para aprender con más facilidad los conceptos y teorías de ciertos dominios científicos?

Pero, desde luego, el redactor de la nota de contracarátula de *El tiempo del lenguaje* no pensó jamás que su texto pudiera ser contraproducente. Por el contrario, creyó que era la mejor manera de hacer más pragmáticamente interesante una novela, convencido, como muchos hoy día en la industria editorial de que una novela, para ser una oferta responsable, debe ser de ese tipo que contribuya con ideas, ya para iluminar los graves y complejos problemas sociales, políticos y culturales que enfrenta el mundo en la actualidad, ya —como en este caso— para hacer accesibles al lector lego las complejidades de una disciplina académica.

Por eso es este, a mi juicio, un libro fallido. Para explicar mejor su fracaso, parafrasearé al novelista español Javier Cercas, quien sostiene que el arte es útil siempre y cuando no se proponga serlo. Y añade que en cuanto se propone ser útil, el arte se convierte en

propaganda o pedagogía, y deja de ser arte. Tal es el problema de *El tiempo del lenguaje*: sacrifica el arte (el arte novelístico) por la pedagogía.

Para colmo de males, y dado que la acción narrativa transcurre en un solo día, el autor decide marcar con exactitud cronométrica el desarrollo de esta, desde que comienza a las 5:22 a. m., indicando la hora precisa en que tiene lugar cada uno los episodios, escenas, actos, pensamientos, reflexiones, gestos, frases, funciones vitales (como respirar), etc., que ejecutan, representan o dicen los personajes, sobre todo el protagonista, Kanter, que es el narrador en primera persona de todo el relato, aunque por momentos, gratuitamente, muda a la tercera persona para hablar del mismo Kanter. De modo que se supone que el lector debe permanecer siempre atento a que es a las 3:17 p. m. cuando el profesor Kanter cita a Luhmann; que es a las 3:19 p. m. cuando, comentando a Luhmann, exclama: “¡El lenguaje está vivo!”; es a las 3:19:34 p. m. (ni un segundo más, ni un segundo menos) cuando, prosiguiendo la misma meditación, razona sobre la tendencia del lenguaje a la destrucción, a la transformación, y así sucesiva y minuciosamente hasta llegar a las 10:41 p. m., cuando la historia termina. Hay que ser categórico: este procedimiento no funciona.

Aparte de estos obstáculos (el desarrollo cronométrico de la acción, la constante interpolación de citas eruditas y las glosas sobre ellas), la misma narración es débil, tanto por su estilo, que carece de todo hechizo; como por su escaso poder de persuasión: ni la historia, ni los personajes, ni los diálogos convencen.

La novela que hibrida ficción y ensayo plantea, creo, unas exigencias peculiares a las que el escritor deberá responder con solvencia si no quiere que su proyecto no cuaje ni como lo uno ni como lo otro. En Colombia, para hablar de casos muy recientes, conozco el de *Cartas sobre el amor y la destrucción* (2019) de Luis Eduardo Hoyos, que a mi juicio es un ejemplo de desafío bien superado en este terreno específico. Honestamente, no creo que pase lo mismo con el libro de Oskar Gutiérrez Garay.

Joaquín Mattos Omar